

Problemas del aprendizaje institucional en psicoanálisis: narcisismo y curiosidad

Warren S. Poland *

“No debe dejarse de lado nada creativo en aras de una convicción cualquiera”.

Clive James

Una vez más, personas provenientes de los más apartados rincones del mundo psicoanalítico nos reunimos en este Congreso bienal para compartir lo aprendido desde nuestro último encuentro, comparar anotaciones sobre nuestras experiencias y ver lo que podemos descubrir juntos. Es una tarea pertinente, pero también es pertinente preguntarnos si la hemos realizado bien. Después de haber llevado a cabo estas reuniones durante un siglo, ¿en qué medida hemos aprendido unos de otros? ¿Cómo hablamos y cómo nos escuchamos? No tenemos muchos motivos para sentir orgullo por el éxito alcanzado en esta labor institucional. Muy a menudo, como los personajes de los cuadros de Edward Hopper, ocupamos el mismo espacio pero no nos conectamos.

Como clínicos, pasamos la vida empeñados en escuchar a nuestros pacientes cuando, a regañadientes, deciden contarnos sus cosas. En la clínica, aprendemos a escuchar cada vez mejor, pese a lo cual hay un llamativo contraste con nuestra manera de escucharnos unos a otros. La tarea que se ha fijado este Congreso es observar los patrones que adoptan nuestras convergencias y divergencias, y luego, como ya es nuestra costumbre introspectiva, explorar y tratar de dominar las fuerzas interiores que conspiran contra nuestro crecimiento.

* Traducción de Leandro Wolfson.

Por suerte, el pensamiento psicoanalítico sigue floreciendo pese a nuestras dificultades. Surgen nuevas ideas, prosperan las publicaciones. Pero si bien existe un grado de fecundación mutua, notamos que la diversidad trae consigo la balcanización, la división en sectas menores hostiles entre sí.

Todo nuevo aprendizaje demanda una discusión cabal, un debate verdaderamente sincero, que queremos resguardar y facilitar. Es bueno que discutamos con pasión, porque esa pasión no proviene meramente de la vanidad de los intereses creados sino, sobre todo, de nuestra preocupación profunda. Sabemos también que una medida particularmente prudente es aproximarse a las nuevas contribuciones con cautela, debido a un problema propio de nuestro campo: nuestro foco son las fuerzas inconscientes, que suscitan indefectiblemente resistencia. Atentos a la sutileza con que se enmascaran las defensas y conociendo la complejidad de nuestra mente, apreciamos que se examinen con particular cuidado las nuevas ideas que ponen en tela de juicio los conocimientos anteriores.

Pero una cosa es la cautela y el cuidado, y otra, la desconfianza defensiva y el rechazo ante lo diferente, lo poco familiar y lo nuevo. Cuando nos observamos con ojos sinceros, vemos que hay en nosotros algo más que un escepticismo benévolo: demasiado a menudo, el afán de polemizar y el hecho de tomar partido por un bando desplazan el respeto recíproco, y a veces el deseo de poner al otro en ridículo alza su espectro maligno.

En el crecimiento de una ciencia, como en el de un individuo, es inevitable que haya tensiones, y estos dolores del crecimiento son bienvenidos. La controversia franca no exige que al final todos coincidan. Un cierre prematuro del debate oculta lo desconocido, mientras que la aceptación respetuosa de las divergencias que subsisten abre el camino a un conocimiento futuro más amplio. Las ideas deben sostenerse o derrumbarse por sus propios méritos, no por el prestigio o el poder de quienes las postulan. Habrá ideas nuevas que no resistan la prueba del examen atento, pero debemos dar cabida y bienvenida a las meritorias, por más que nos molesten al contradecir aquellas otras concepciones meritorias más conocidas que cuentan con nuestro favor.

El crecimiento cabal sólo puede ser el fruto de una controversia disciplinada que opere sin obstrucciones. “Disciplinada” significa rigurosa en sus conceptos, considerada con el saber anterior y tolerante respecto de las paradojas persistentes; “sin obstrucciones” significa

verdaderamente franca. Durante años, los analistas que priorizaban las pulsiones libraron batalla contra los que priorizaban las relaciones objetales, y los extremistas de uno y otro bando se repudiaban mutuamente. Al igual que los extremistas actuales, aquéllos luchaban como si la paradoja implicase que había un enemigo al acecho, en lugar de implicar que una teoría estrecha era insuficiente. Cuando se extraen conclusiones a partir de la tendenciosidad —ya sea que favorezca lo antiguo o lo nuevo—, se detiene el crecimiento.

En parte los problemas derivan del éxito del pasado, y se han intensificado debido a la vasta gama de nuevas observaciones que hemos dado en llamar “pluralismo”. ¿Hay un psicoanálisis o varios? Dicho de otro modo: ¿podemos seguir creciendo y aventurándonos más allá de los límites de nuestras ideas habituales, y aun así —como creo que debemos hacer— mantener una preocupación central común por las fuerzas inconscientes como orientación para distinguir lo que es propiamente psicoanalítico de lo que es más generalmente psicológico?

Estos interrogantes no se resolverán con declaraciones de apertura mental si al mismo tiempo nuestros diálogos degeneran en monólogos paralelos. El hecho de que pregonemos a los cuatro vientos nuestras buenas intenciones no hará que caigan los muros que separan nuestros enclaves.

Mi interés es tratar de definir las batallas en que nos trabamos con nuestros comportamientos de modo de reconocer y explorar analíticamente sus raíces, en vez de continuar librando esas batallas. Para ello, comenzaré por trazar un panorama sintético de nuestras interacciones y sus pautas. Mi objetivo es pasar luego a exponer y explorar su dinámica subyacente.

Al esbozar los problemas que se ponen en evidencia cuando nos reunimos en grupo, es útil tener en cuenta las vicisitudes de las demandas de autosatisfacción y los deseos de exploración externa. Más allá de nuestras convergencias y divergencias, entre el narcisismo y la curiosidad científica hay un matrimonio inexorable. Si nuestro narcisismo está seguro, o, mejor aún, maduro, nos sentimos libres para llevar más lejos nuestras indagaciones; cuando, en cambio, lo creemos amenazado, la indagación abierta de lo que se encuentra más allá se deteriora y se convierte en una búsqueda de identidad política. En las conclusiones de este artículo retomaré este problema decisivo, pero ahora echemos una mirada a los conflictos que nublan la conducta institucional.

LOS LIMITES ESTRUCTURALES DEL SER HUMANO

A tal fin, conviene empezar por reconocer las limitaciones, ajenas a nuestro control, que aumentan nuestra insatisfacción con los demás y –admitir esto nos cuesta más– con nosotros mismos. Nos empeñamos en obtener respuestas que están siempre más allá de nuestro alcance, ya que en definitiva somos seres humanos. Aceptamos que no somos omnipotentes, pero actuamos como si fuéramos –más aún, como si debiéramos ser– omniscientes: como si pudiéramos saber todo lo que hay que saber, y como si nuestras teorías pudieran ser alguna vez unitarias y suficientes. Nuestros conocimientos y teorías son notablemente buenos, pero siempre se quedan cortos, siempre están constreñidos por los límites de nuestras capacidades.

Lo que ocurre es que el mundo y sus fenómenos son demasiado grandes, variados y complejos para que la mente de un individuo los pueda contener a todos. No tenemos motivos para pensar que somos el final de la evolución. Al negar las limitaciones de nuestro *hardware*, nos olvidamos de que, si bien les robamos el fuego a los dioses, no somos dioses. Nuestra vanidad se ofende fácilmente.

Dada la complejidad del Universo, reducimos de tamaño las cosas y creamos categorías conceptuales que dan origen a paradojas –artificios generados por el hecho mismo de que nuestra lógica humana procede, por naturaleza, de acuerdo con categorías. Con el fin de estudiar el mundo, arrancamos fragmentos de su contexto natural y nos centramos en éstos. Nuestra mente crea dicotomías, subdivide en forma interminable las categorías que hemos creado. Como consecuencia, al desarrollar la ciencia, que es nuestra manera humana de organizar el saber, confeccionamos mapas con fronteras artificiales. Esto ocasiona peligros.

Si bien la concentración de la atención es esencial y fructífera, la fragmentación artificial tiene efectos colaterales desfavorables. Al disecar lo que queremos estudiar, aislamos piezas fragmentarias y generamos límites que no existen en la naturaleza. Cada vez que dirigimos nuestra vista a algo, la apartamos de alguna otra cosa. Nunca deberíamos dejar de preguntarnos: “¿Qué es lo que dejamos afuera?” Tal vez podamos pensar en un solo enfoque o en unos pocos enfoques a la vez, pero al cerrarnos a la posibilidad de otras visiones alternativas, la indagación cabal se desploma en el provincianismo de los intereses parciales.

Como no nos queda otra opción que pensar en cada una de las

piezas o fragmentos por vez, deberíamos cuidarnos de ver con orgullo posesivo nuestras posiciones personales, y en cambio apreciar vivamente “que la gente se aferra a una opinión porque ésta se ha vuelto su identidad” (James, 2007, pág. 601). Estimulados, con todo derecho, por lo que hemos agregado a lo ya conocido, la historia nos dice que también deberíamos recordar que vendrán otros que cambien lo que nosotros hemos aportado, o le agreguen algo. Como decía ese personaje de Stoppard (1997, pág. 53): “Toda época histórica piensa que ella es la edad moderna, pero la actual es la única que realmente lo es”.

Un antídoto contra esa férrea adhesión a los fragmentos es recontextualizar lo que se acaba de aprender volviendo a poner las nuevas observaciones en el campo abierto de la experiencia acumulada. Esa recontextualización es esencial si admitimos que, tal como nos lo ha enseñado la práctica clínica, el propio acto de abstracción y la posterior recontextualización modifican la actualidad efectiva. Pese al atractivo que tiene su economía, las explicaciones únicas rara vez son suficientes. La navaja de Occam suele cortar demasiado.¹

En guardia contra las visiones únicas, también debemos estar atentos a la seducción de una dialéctica hegeliana harto simplista, la idea de que en todo hay una pauta en evolución que va de la tesis y su antítesis a su síntesis. Las contradicciones no sólo deben tolerarse, sino que deben valorarse y protegerse, por más que resulten incómodas.

Por lo demás, el conocimiento es poder, un antídoto tranquilizador frente a la impotencia. Cuando estamos confundidos y abrumados, cuando sentimos que nuestro saber no nos alcanza, ahuyentamos el horror de la impotencia diciendo que el mundo es un caos. Pero el mundo es el mundo, y la palabra “caos” no describe al mundo sino a nuestra aterrada imposibilidad de conceptualizarlo de una manera afín a nuestra mente. No disiparemos esa sensación de caos favoreciendo una única teoría, ni tampoco mediante una serie de promiscuas interpretaciones, a todas las cuales les asignemos el mismo valor. Esta es una perversión del principio de determinación múltiple, porque siempre es indispensable sopesar las pruebas (Hanly, 2007). Ser “de mente abierta” no significa tener la cabeza vacía: siempre es indispensable sopesar las pruebas.

¹ Al filósofo escolástico William de Occam, del siglo xv, se le atribuyó la máxima de este nombre, según la cual los principios explicativos no deben multiplicarse si no es absolutamente necesario. [N. del T.]

La respetuosa atención prestada a las ideas contrarias de los demás nos brinda la mejor oportunidad para corregir la limitación intrínseca de nuestra mente. Sin embargo, eso demanda un amor por el aprendizaje fundado en la solidez del propio ser, que vaya más allá del deseo infantil de ser el hijo favorito.

FLAQUEZAS HUMANAS

Ahora bien, ¿qué pasa con las flaquezas que es posible dominar? ¿No podríamos empezar de alguna otra manera que con la más evidente: la rivalidad? A partir de una búsqueda analítica común, pronto actuamos no como si todos tuviéramos un mismo objetivo (ampliar el conocimiento), sino como si fuéramos enemigos enfrentados en una batalla, dispuestos cada uno a derrotar al otro. Los problemas vinculados con la teoría o la técnica, en lugar de ser considerados cuestionamientos útiles, se ven como ataques a la posición personal. “Vanidad, tu nombre es el de todos”.

¿Quién de nosotros no querría ser, como Freud se sintió de niño, el “conquistador”? Con la madurez, aunque se mantiene el núcleo narcisista, la vanidad de los sueños infantiles de alcanzar la gloria cede paso a la satisfacción que brindan los logros reales. Además, no sólo maduramos nosotros, madura también nuestra disciplina científica. El psicoanálisis continúa creciendo, aunque los nuevos aportes ya no tengan esa magistral grandeza revolucionaria de los que produjeron los pioneros. Tal vez fue precisamente esa grandeza lo que más nos atrajo de este campo, pero ahora él ha cambiado en cantidad y en calidad. Freud descubrió un nuevo océano para nosotros, y ni nuestra individualidad ni nuestra labor resultan menoscabadas por el hecho de que nos dediquemos a explorar los múltiples ríos que desembocan en el mar común.

Cuando la rivalidad nos amenaza, regresamos a nuestro dominio del narcisismo temprano y, con harta rapidez, a nuestro afán de enorgullecernos por el lugar que ocupamos. Todo editor ha aprendido por dolorosa experiencia que aun sus más maduros colaboradores pueden bien pronto volverse infantilmente torpes y descorteses cuando se cuestiona algún punto de sus manuscritos.

También quiero recordar la observación de Wheelis (1956, pág. 172) según la cual los analistas “con frecuencia dicen que tal o cual colega es rígido, dogmático o autoritario, pero nunca consideran que

ellos mismos lo sean. La inferencia ineludible es que algunos de nosotros nos hemos refugiado en el dogma sin saberlo”.

El “narcisismo de las pequeñas diferencias”, que nos es penosamente familiar, es tan evidente y tan duradero que Freud se ocupó de él en reiteradas ocasiones a lo largo de sus escritos (1918, 1921, 1930). Es más, teniendo en cuenta la regularidad de esta predisposición a amarse uno mismo, dijo que esta conducta, “cuyo origen [es] desconocido, se querría atribuir a un carácter elemental” (1921, pág. 102).

Desde luego, si la curiosidad no fuera alimentada por la investidura y el deseo personal de éxito, sería una motivación débil. La ambición personal no puede rechazarse ni es dable prescindir de ella; por el contrario, para que la ambición coadyuve al progreso, hay que domeñar la intensidad narcisista, dejar que madure la vanidad. El amor maduro por el otro, incluso por el conocimiento como otro ideal que es ajeno a uno, implica no la ausencia del narcisismo sino su maduración.

La tarea de explorar los impulsos –a veces convergentes y a veces divergentes– de la vanidad que lleva hacia adentro y de la curiosidad que lleva hacia afuera se complica debido a la inusual naturaleza de nuestra labor. La tarea clínica es profundamente íntima, pero también profundamente solitaria. Al trabajar, debemos limitar nuestra autogratiicación, ya que en la privacidad de la sesión estamos inmersos, con cada analizando, en todas las emociones, desde la apatía hasta el ardor, y pasamos, hora tras hora y día tras día, del gris calmo al rojo encendido y al negro.

Para retornar de estos intensos momentos privados al mundo en general, necesitamos una adaptación considerable. Así como nuestros ojos tienen dificultades para adaptarse a la luz después de haber estado en la oscuridad, nuestro sentido de nosotros mismos tiene similares dificultades cuando debemos pasar de ser-en-el-consultorio a ser-en-el-mundo.

Cuando nos apartamos del diván, es fácil que nos olvidemos de dejar atrás la asimetría de la relación analítica; y cuando fuera del consultorio nos sentimos cuestionados, es igualmente fácil caer en la asimetría clínica del consultorio. En los debates con nuestros colegas, discusiones que sería bueno tener en terreno parejo, nos replegamos con harta facilidad en el sentimiento de superioridad adherido a una cierta postura interpretativa.

Freud enunció qué era lo ideal en este caso –tal vez sin tener

conciencia de la cantidad de veces en que él no cumplió con dicho ideal—: “[...] el análisis no se presta a un uso polémico; supone la entera aquiescencia del analizado y la situación de un superior y un subordinado. Por tanto, quien emprenda un análisis con propósito polémico tiene que disponerse a que el analizado a su turno lo vuelva en contra de él, y así la discusión caerá en un estado en que no habrá posibilidad alguna de producir convencimiento en un tercero imparcial” (Freud, 1914, pág. 49).

El aire de superioridad se difunde por todas partes. En las consultas institucionales, se pone de manifiesto cuando el respeto mutuo es reemplazado por el tono de una supervisión (Gabbard, comunicación personal) y aparece en la bibliografía cuando el pensamiento de un autor, presentado en su máximo vigor, se contrasta con concepciones contrarias presentadas bajo la más débil de las luces. Nuestros debates están colmados de estos fabricados adversarios de paja.

Inseguros de nosotros mismos, desvalorizamos al otro. De esa manera creemos defender nuestros intereses, cuando en realidad así no somos útiles ni a nuestra ciencia ni a nosotros.

PROBLEMAS VINCULADOS CON LA DINAMICA GRUPAL

El reconocimiento de estas falencias individuales nos lleva a ver sus efectos en el ámbito interpersonal. Los movimientos opuestos de la autosatisfacción narcisista y de la exteriorización curiosa reflejan el conflicto del individuo que desea distinguirse de los demás y, al mismo tiempo, obtener aceptación y promover la unión con ellos. Toda persona desea ser un individuo separado, singular, y a la vez anhela pertenecer, tener una identidad conocida y reconocida en relación con los demás. Inevitablemente, enfrentamos así los problemas de la dinámica grupal.

Antes de limitar nuestra atención a los grupos psicoanalíticos, es preciso admitir que éstos son influidos por las culturas más amplias de las que provienen. A modo de ejemplo: el pasado colonial ha dejado como herencia en las ex potencias colonialistas la confianza en su poder y un aire de superioridad moral, en tanto que en aquellos que vivieron en un mundo sometido dejó como saldo el resentimiento desafiante frente al poder impuesto. Esto se traslada ineludiblemente a las dificultades que tienen los analistas provenientes de distintas culturas nacionales para tratarse unos a otros en un auténtico pie de

igualdad. Con tales antecedentes históricos, cualquier intercambio de ideas puede sentirse como una lucha de poder, cualquier acuerdo, como un sometimiento. Aunque sea triste decirlo, tanto el prejuicio como las heridas narcisistas tienen “vidas medias”² muy prolongadas.

Una vez reconocido esto, retomemos la dinámica que se da dentro del universo analítico. Las ideas pueden nacer en un espléndido aislamiento, pero para que se conviertan en algo más que meras fantasías privadas deben ser sometidas a prueba por los demás. Con el fin de profundizar cualquier estudio que hagamos, restringimos nuestra atención a un determinado campo de interés, y en consecuencia nos apartamos del libre mercado. Más tarde, cuando regresamos con nuestras ideas a la plaza pública, advertimos que debemos explicar cómo se desarrollaron. Entonces es lamentablemente sencillo sentir que ser cuestionado es ser atacado, sentirse poco valorado y ponerse a la defensiva, y a la postre replegarse en una provincia personal, apartado del contacto con los demás. Emocionados aún por el entusiasmo de lo que hemos descubierto, valorando nuestros avances todavía no aceptados por el público, en esos momentos el narcisismo supera a la curiosidad. Procuramos conseguir adhesiones a nuestros estrechos puntos de vista, y lo hacemos en nombre de lo nuevo, aunque muy a menudo lo hagamos al servicio del *self*.

EL PROBLEMA DE LAS ESCUELAS RADICALES

Comenzaré por el extremo de las escuelas radicales, donde la vanidad supera a la curiosidad de una mente abierta. Lo nuevo aprendido modifica la comprensión anterior al incorporarla al cuerpo colectivo del saber analítico, y una multiplicidad de comprensiones sustituye la voz individual, reemplazándola por los ricos contrapuntos de una sinfonía coral. Sin embargo, junto a las nuevas voces integradas al coro común, hay otras que insisten en mantenerse aparte, inflexibles en la valoración de sus solos como la música suprema que debe desplazar al resto.

A veces las nuevas ideas son realmente revolucionarias, la consecuencia de formas auténticamente novedosas de mirar y de pensar.

² *Half-lives*: Alude al tiempo en que se reduce a la mitad la cantidad de una sustancia propia o extraña en un organismo o sistema. [N. del T.]

Como miembros de uno de los grandes movimientos revolucionarios de la historia, los analistas tienen razones para valorar lo que es drásticamente diferente y para proteger la posibilidad de que se produzca. Pero la historia nos muestra una y otra vez que las causas revolucionarias son pervertidas en favor de algún beneficio personal. A esto, concretamente, me refiero cuando hablo de escuelas radicales.

Entiendo por “escuelas radicales”, no las formas nuevas o inusuales de pensar, sino las de aquellos entusiastas descontentos con la posibilidad de que incluso sus compatriotas más cercanos hayan transigido en cuanto a la supremacía exclusiva de sus nuevas ideas. Se trata de ideólogos apasionados que insisten en que sus opiniones sustituyen a cualquier otro conocimiento analítico. Llamar “radicales” a esos grupos no significa menospreciar lo que ellos aportan, sino que alude a su demanda de que sus aportes reemplacen a otras formas de ver. Toda contribución es enriquecedora, pero las demandas de exclusividad son destructivas. Por supuesto que los nuevos descubrimientos modifican las antiguas maneras de ver, pero cuando decimos “radicales” nos referimos a su insistencia en la primacía de las maneras propias.

Daré algunos ejemplos como muestra de un problema ubicuo. La psicología del Yo ha aportado mucho a nuestra concepción de la forma en que se procesa lo inconsciente; en cambio, en su variante “radical” la psicología del Yo haría que los clínicos se atuvieran sólo a lo superficial, al modo en que la mente del paciente se observa a sí misma, sin aventurarse nunca en profundidades. Otro ejemplo: la psicología del Yo ha aportado mucho a nuestra concepción de la forma en que una persona maneja su necesidad básica de reconocimiento y de regulación de la estima; pero en su variante “radical”, la psicología del Yo se centraría tanto en las cuestiones vinculadas a la sintonización con los demás que dejaría de lado los conflictos inconscientes. Un tercer ejemplo: el hecho de prestar atención al aquí y ahora de la interpretación transferencial puede mejorar nuestra capacidad clínica; en su variante radical, lo que podría llamarse la “consideración del presente” repudiaría todo interés por el pasado como algo perjudicial para nuestra disciplina. La lista continúa.

El espléndido aislamiento puede intensificar un foco de atención para posibilitar exploraciones y comprensiones cada vez más profundas. No obstante, la insularidad, la dificultad para reconectarse con un saber más amplio, da por resultado un aislamiento hermético que

nada tiene de espléndido, y que convierte a las escuelas en escuelas radicales, y a las escuelas radicales en cultos. En tales circunstancias, la autosatisfacción ahoga la curiosidad auténtica. Cuando la apertura mental es reemplazada por la rigidez narcisista, a los analistas les pasa lo mismo que a los revolucionarios franceses, de quienes se decía que habían construido sus prisiones con las piedras derrumbadas de la Bastilla.

Freud sabía cuán difícil es la autocrítica válida. En una carta a Ferenczi (citada en Brabant et al., 1994, pág. 227), le decía: “La autocrítica no es una virtud agradable, pero junto a mi coraje es lo mejor que tengo”. Abrirse a otras concepciones contrastantes no sólo no significa traicionar los puntos de vista propios, sino que en realidad los fortalece.

PROBLEMAS ENTRE LAS ESCUELAS

Sin embargo, es natural y provechoso que nos unamos para formar escuelas. Inseguros en nuestra creatividad solitaria y vulnerables a la reacción de los demás, nos volvemos en busca de apoyo hacia los colegas que piensan como nosotros. Esta búsqueda de ayuda para el desarrollo de nuestras perspectivas nos torna susceptibles a las críticas de los extremistas, por un lado, y a la seducción inspiradora de las figuras carismáticas, por el otro. Para ayudar a que crezca nuestra capacidad de autocrítica necesitamos que los otros sean confiables, respetuosamente sinceros, así como estamos obligados a ser respetuosos cuando cuestionamos lo nuevo.

Aun cuando las escuelas no se radicalicen, por fuerza adoptan posturas diferentes, a veces opuestas. Las contradicciones no deben negarse ni tampoco ser integradas a la fuerza. En lugar de aceptar que los puntos de vista contrarios a los propios pueden sustentarse válidamente junto a éstos, nos tienta replegarnos a la seguridad de una ortodoxia privada. Comienzan entonces las luchas partidarias, batallas semejantes a las de aquellos químicos que disputaban si lo que le da al agua su sabor es el hidrógeno o el oxígeno.

Esta dificultad tan conocida fue examinada por Gabbard (2007) en su crítica incisiva de la ideología como repliegue frente a las demandas del principio de sobredeterminación. Dado que para la comprensión total ningún punto de vista único es suficiente, olvidar que los puntos de vista que gozan del favor propio han sido abstraídos

de la totalidad de la experiencia es una falta de respeto por la determinación múltiple. Gabbard reconocía el papel de la teoría como metáfora en la organización del pensamiento, pero también puntualizaba las limitaciones de las metáforas, dejando en claro que las teorías derivadas de ellas se derrumban inevitablemente. El repliegue defensivo en la ortodoxia arraiga en la tentación universal de proteger el sentimiento de certeza y la identidad personal que depende de dicha certeza.

Nuestra historia está colmada de teorías hipertrofiadas, que comenzaron siendo conceptos extraídos de la experiencia y se transformaron en orgullosas declaraciones de identidad. Lo vemos cuando una teoría se presenta como estandarte que distingue a un grupo de otro, cuando el debate sobre lo observado se sustituye por una política de la identidad. Tanto en el caso de los grupos como en el de los individuos, lo destructivo no es la identidad narcisista sino su forma inmadura, en la que la vulnerabilidad de la autodefinición lleva a rehuir la capacidad de amar un ideal común.

El desarrollo de diferentes escuelas puede provocar problemas derivados de: 1) la “mentalidad provinciana”; 2) la dinámica grupal y la estructura de las organizaciones, y 3) el efecto de las nuevas ideas y de los nuevos grupos en el lenguaje. Diré sólo unas pocas palabras sobre cada uno de estos aspectos.

1. PROBLEMAS DERIVADOS DE LA MENTALIDAD PROVINCIANA

La incertidumbre ansiosa que genera la creatividad estimula a presionar en favor de la lealtad del grupo. Como consecuencia, un grupo nuevo, vulnerable a la reacción de las fuerzas tradicionales o conservadoras, tiene la tendencia regresiva a retrotraerse a aquella antigua posición evolutiva en que lo bueno era lo de adentro y lo malo, lo de afuera.

Si un trabajo presentado a una revista científica por un integrante del grupo no es aceptado, se infiere que el *establishment* es cerrado y hostil al grupo. Unidos en su aislamiento, los nuevos luchadores hablan mayormente entre sí. Con el fin de encontrar una salida para sus trabajos, crean su propia revista, con lo cual la exposición de su pensamiento a la comunidad general disminuye aún más. A continuación, los colegas más jóvenes del mismo grupo ven que pueden promoverse publicando en la revista de éste, y consideran que esas

revistas de circulación limitada son ventajosas para el avance interno del grupo.

Como resultado de esto, se ven perjudicados tanto el grupo circunscripto como la comunidad más amplia. La mentalidad provinciana del nuevo grupo lo exime de tomar en cuenta cabalmente las ideas conflictivas desarrolladas por otros, y a la comunidad analítica global se le niega el beneficio de conocer esos nuevos trabajos, así como la oportunidad de reevaluar y actualizar sus conocimientos anteriores. Algunas revistas nuevas decaen y mueren, en tanto que otras pasan a ser parte del orden establecido y, con el tiempo, son valoradas por su nivel y la riqueza de sus aportes.

Consecuencia de esto es el surgimiento, en nuestra bibliografía, de dos capas, una más amplia y otra más circunscripta, ambas necesarias y valiosas. Las que podríamos llamar publicaciones convencionales, como *International Journal of Psychoanalysis*, *Journal of the American Psychoanalytic Association* y el sitio web PEP, tratan de brindar una audiencia amplia y equitativa a todas las escuelas. Otras revistas, como *Psychoanalytic Quarterly*, *Psychoanalytic Dialogue* y *Contemporary Psychoanalysis* (junto a muchas más), brindan una expresión más circunscripta a los puntos de vista de cada cual. (Supongo que en otras lenguas ha tenido lugar un proceso semejante). Ambas capas son necesarias, ya que se complementan mutuamente.

2. PROBLEMAS DERIVADOS DE LAS ORGANIZACIONES

Más allá de las revistas, las propias organizaciones, a la vez que facilitan la comunicación, lamentablemente también complican los problemas provenientes del afán de exclusividad y del aislamiento.

El *establishment* analítico no es el movimiento analítico. Ambos son vitales, y componen una pareja a la vez simbiótica y conflictiva. El primero es indispensable para organizar en forma eficiente el intercambio, mantener a la formación analítica apartada de las idiosincrasias del sistema de los aprendices, hacer cumplir las normas. El *establishment* es conservador, y es preciso que lo sea. El movimiento analítico, en cambio, debe cuestionar de manera irrestricta todas las formas de pensar y actuar establecidas. Es subversivo, y es preciso que lo sea.

La tensión existente entre el *establishment* y el movimiento es un

signo de vida, y el análisis florece mejor cuando estas dos corrientes mantienen un equilibrio operativo. Si una de ellas arrolla a la otra, se perjudica el campo en su conjunto. Un *establishment* de poder excesivo conduce a la rigidez y a la ausencia de descubrimientos; si, en cambio, es demasiado débil, genera libertinaje, más que libertad, en el movimiento analítico; la disciplina intelectual se relaja y prospera el análisis silvestre. Por su parte, si el movimiento analítico se caracteriza por una debilidad excesiva, genera estancamiento conceptual y, a la postre, rigor mortis. Las nuevas ideas nos empujan hacia adelante, al par que la verificación de las pruebas nos protege del análisis silvestre.

Esta tensión entre el *establishment* y el movimiento colorea, asimismo, la forma en que los analistas se tratan unos a otros. Así, no sorprende escuchar a los analistas decir que, en los congresos y convenciones, aprenden más en los pasillos y en las mesas de los cafés que en las salas de exposiciones. Cuando colegas pertenecientes a distintas escuelas conversan de modo informal (a veces sienten incluso que lo hacen subrepticamente), tienen una sensación de seguridad que permite que su intercambio sea franco y abierto.

Buen ejemplo de ello es la serie de debates realizados a lo largo de varios años con el título de Confrontaciones y que fueron más tarde publicados como “Cahiers Confrontations”. En una época en que el psicoanálisis francés parecía fragmentado, analistas de diferentes escuelas se reunieron de manera independiente e informal, al principio en un pequeño grupo y en el propio consultorio del organizador. Libres de las presiones competitivas de sus respectivas sociedades, las reuniones se fueron ampliando y se transformaron en un intercambio de ideas cada vez más sincero y fructífero.

Se aprecian resultados semejantes en otros grupos, en los que analistas de diferentes asociaciones se reúnen también de modo informal para dialogar, en un marco ajeno a la posición de cada uno, su promoción o las posibles referencias. Las personas exponen sus propias incertidumbres y escuchan mejor las ideas ajenas cuando no está presente nadie que tenga mucho poder. Dada nuestra experiencia clínica, esto no debería ser motivo de asombro.

Las organizaciones sensatas reconocen que, al favorecer así los debates interculturales privados, en forma separada de la estructura de poder de la propia organización, no sólo no corren peligro sino que se fortalecen ellas y el psicoanálisis en general. El hecho de estar “en privado” importa.

3. PROBLEMAS DERIVADOS DEL LENGUAJE

Tal vez el lenguaje sea el mayor invento de la humanidad, pero es también el más diabólico. Podría decirse que es el aprendiz de brujo de los seres humanos. Cuando se le preguntó al médico de Molière por qué el opio causaba sueño, contestó que era porque contenía “un principio dormitivo”. A veces, ponerles un nombre a las cosas pasa a ser un sucedáneo de su cuestionamiento, una forma de adormecer la propia mente. Un nombre no es una explicación, pero en ocasiones los nombres que les damos a los procesos y teorías construidos a partir de dichos nombres van mucho más allá de los datos y pruebas de los que surgieron.

Nuestra fragmentación en escuelas ha dado lugar a la complicación paralela del deterioro de la lengua común, convertida en una multiplicidad de dialectos. Nos definimos por el lenguaje que usamos, y lo hacemos de manera defensiva. Recuerdo que en cierta ocasión un amigo norteamericano tomó de la mesa un cuchillo y dijo: “Es gracioso. Los franceses lo llaman un *couteau*, los alemanes *ein messer*, y nosotros *a knife*... ¡y eso es exactamente lo que es!”

Teniendo en cuenta las múltiples traducciones que necesitamos para convertir en palabras nuestros sentimientos internos, así como la índole siempre cambiante de las palabras, es sorprendente que podamos comunicarnos tan bien. De hecho, el problema del lenguaje se presenta aun cuando pertenezcamos a un mismo grupo y pensemos que hablamos el mismo. No hay dos personas que hablen el mismo lenguaje; lo que ocurre es que su sentido de la denotación y la connotación de las palabras es compartido lo suficiente como para que puedan transmitirse ideas, en general con un grado notable de eficacia. Sí, pero sólo “en general”.

Se dan fallas en la comunicación incluso con aquellas palabras que creemos comunes. Las palabras cambian con el uso, de modo tal que términos que venimos usando desde antaño tienen hoy diferentes implicancias. La palabra ego [yo] parece tan simple, y ha estado presente desde el comienzo de nuestra historia común... Sin embargo, cuando se la utiliza, algunos entienden “segunda tópica”, otros entienden *self*, hay quienes escuchan “funciones mentales ejecutivas” y hay quienes escuchan “vanidad”. Términos que en su juventud tenían toda la fuerza de su especificidad se debilitan con los años, y se corrompen, convirtiéndose en polémicas palabras en código. Si en nuestro vocabulario común se presentan estas complicaciones, ¿qué

grado de optimismo podemos tener en cuanto al uso de palabras que designan fenómenos descubiertos hace muy poco?

La dificultad se acrecienta cuando hablamos con colegas que están fuera de nuestro círculo íntimo, por más que pertenezcan a la misma sociedad psicoanalítica. Y no hablemos de nuestra comunicación con colegas pertenecientes a otras culturas analíticas. Procedemos, ingenuamente, como si habláramos el mismo lenguaje, por el sólo hecho de que empleamos las mismas palabras.

Boesky (2008) ha descripto la imposibilidad de encontrar una piedra de Rosetta para nuestra Babel pluralista. A veces usamos el lenguaje con el fin de exponer y a veces con el fin de esconder. A veces usamos nuevas palabras para nombrar fenómenos recién descubiertos y a veces obligamos a prestar servicio a antiguos términos para designar nuevas ideas. Por añadidura, a veces empleamos distintas palabras para el mismo fenómeno, y (lo que no es menos perturbador) a veces usamos la misma palabra para referirnos a un conjunto diferente de fuerzas, que tienen un conjunto diferente de implicancias. Las dificultades abundan. La tentación de acuñar nuevas palabras teóricas siempre entraña un peligro, y uno de ellos es que esconde nuestra ineptitud para enunciar con suficiente claridad el nuevo pensamiento en el lenguaje corriente.

NARCISISMO Y CURIOSIDAD

¿Hay algo, en esta reseña de dificultades, capaz de promover nuestro crecimiento permanente? Por fortuna, nuestras virtudes son mayores que nuestros defectos, y Freud (1914) sabía lo que decía cuando adoptó como lema para el movimiento psicoanalítico el de la ciudad de París: *Fluctuat nec mergitur* (Las olas lo sacuden pero no naufraga).

Nuestra tarea consiste siempre en exponer y explorar las fuerzas ocultas que están por detrás de nuestras dificultades, y en este panorama las dos fuerzas siempre presentes son el narcisismo y la curiosidad. El primero nos habla de investiduras emocionales que apuntan hacia adentro, en tanto que la segunda se refiere a las que apuntan hacia afuera, aun cuando enfrenta fuerzas inconscientes que están más allá del propio *self* consciente. El narcisismo y la curiosidad, lo interno y lo externo, van siempre juntos, como dos hermanos siameses, aunque estén en conflicto mutuo.

Nuestros estudios del narcisismo –que comenzaron con Freud, se intensificaron con Kohut, y a los que contribuyeron luego todas las escuelas– son demasiado complejos como para resumirlos aquí. Hay, empero, dos puntos relevantes. Uno es la seguridad básica, la necesidad de un centro que se mantenga para que uno sea capaz de aventurarse más allá. Si dicho centro es atacado, uno se defiende por reflejo; dicho de otro modo, uno sólo puede abrirse al desacuerdo si siente que su esencia no está amenazada.

El segundo punto es que el narcisismo sigue su propia evolución a lo largo de un continuo que va de lo primitivo y lo inmaduro a lo maduro. Se ha dicho, por ejemplo, que un padre o madre siente mayor dolor si un hijo es amenazado que si el dolor se cierne sobre él o ella, por la proyección del narcisismo. Pero esta manera de hablar es engañosa; sería más correcto decir que la capacidad de amar del progenitor va más allá de su *self* inmediato. El narcisismo maduro es útil al *self* al valorar al otro, al cuidar a los demás y al ocuparse de ideales que están más allá de uno mismo. La seguridad básica permite forjarse un sentido suficiente del *self* como para poder explorar lo que está más allá de las estrechas preocupaciones propias. Como dijo Lao Tsé, ser amados profundamente por alguien nos fortalece, en tanto que amar profundamente a alguien nos da coraje.

También la curiosidad tiene un complejo derrotero propio de evolución. Ya está presente en el bebé que investiga el pecho de su mamá y su propia manito. En tanto y en cuanto el desvalimiento del bebé no sea tan avasallador como para quebrar su organización, el niño se prolonga fuera de sí para aprender cosas sobre el mundo. Desea tanto conocerlo como tener poder sobre él. Al despertar la conciencia de la diferencia entre uno mismo y el otro, la curiosidad suscita estas dos preguntas: “¿Quién soy yo?” y “¿Cómo sería ser otro?”

Como sucedió con el narcisismo, desde que Freud se ocupara de la curiosidad sexual, pasando por los que luego reflexionaron sobre el instinto de dominio, hasta los actuales conceptos sobre la pulsión de saber, todas las escuelas hicieron su aporte para el conocimiento de la curiosidad. Pero debemos tener presente nuestra advertencia anterior acerca de las dicotomías simplistas y evitar establecer entre el narcisismo y la curiosidad una distinción demasiado neta. Para el bebé que toma el pecho, como para el analizando en análisis, la búsqueda y la satisfacción, la pulsión y la experiencia definitoria conforman una unidad. En el proceso de creación de significado, las

preocupaciones del *self* y la experiencia de los otros son también una misma cosa. Nunca pueden separarse del todo la satisfacción con uno mismo y el hecho de tenderse hacia el exterior, con curiosidad por el mundo que está más allá de uno.

¿De qué forma se aplica esto a nuestros problemas institucionales y a nuestro deseo de compartir y de aprender, de modo que avance el psicoanálisis? El afán de curiosidad que tiene el narcisismo maduro es una puerta de entrada a nuestro diálogo universal. La experiencia y la madurez nos enseñan que se nos escucha mejor cuando, por nuestra parte, escuchamos mejor. Más aún, cuanto más abiertos estemos al otro, más cabalmente seremos definidos como “nosotros mismos”. Como dijo muy bien Shevrin (2000): “Si Descartes viviera, habría escrito ‘Escucho, luego existo’”.

También aprendemos que debemos convivir con la ironía, con la aguda conciencia de que todo crecimiento implica pérdida. A medida que el niño, sintiéndose seguro, cobra mayor conciencia del mundo externo, ese conocimiento lo hace percatarse de su finitud, y a la larga, de su condición mortal. Pero si se goza de seguridad suficiente, es posible la aceptación, la autorrespetuosa modestia basada en un centro que permanece. Para que el narcisismo madure, no sólo son necesarias la seguridad básica, el sostén y la contención: igualmente esenciales son el reconocimiento y la consideración, saberse escuchado y respetado por el otro. Sólo sobre la base de una confianza semejante puede prosperar sólidamente la curiosidad, el afán de saber y de participar en el mundo, predispuesto a arriesgarse a la incertidumbre.

Independientemente de que predomine el narcisismo o la curiosidad, el camino que lleva de lo infantil a lo maduro no es nunca una vía regia: está signado por las encrucijadas, los baches y los desvíos. El sentimiento de extrañeza ante el universo en que uno nació plasma siempre el *self*. La extrañeza que provoca la otredad, aun cuando sea suavizada por la confianza que deriva de la seguridad del amor temprano, colorea la búsqueda del lugar de cada cual en el mundo, en una interacción continua entre la definición de uno mismo y la consideración por el otro. Pese a la capacidad defensiva que da el narcisismo, pese a las fantasías infantiles de omnipotencia y de presunta omnisciencia, el mundo (incluido el interno) sobrepasa la propia capacidad de comprensión y de dominio. La confianza, vaciada de vulnerabilidad, es una confianza ignorante. Explorar es correr riesgos. Abrirse al otro, en cualquier tipo de congreso o congregación,³ equivale a ser vulnerable.

Como nadie puede saber todo lo que hay que saber y ninguna palabra es la última palabra, el coraje de nuestras convicciones sólo puede ser el coraje de nuestras convicciones temporarias. El orgullo con que a veces presentamos nuestras teorías sugiere el temor a la incertidumbre y la ansiedad que nos provoca sentirnos menoscabados si aceptamos la influencia ajena. La palabra “logro” implica haber completado algo, pero reconocer que nuestros logros sólo pueden referirse a lo que sabemos hasta ahora no tiene por qué disminuirnos. La ciencia nunca es, siempre deviene.

Los antiguos exclamaban Eureka! cuando lograban un avance científico, con la misma satisfacción con que decimos “¡Ajá!” en un psicoanálisis clínico. Ambos son motivos de orgullo, pero es bueno que sean seguidos por la admisión de que, pese a que son momentos maravillosos, nunca significan el final de la comprensión. Todo nuevo *insight*, como toda interpretación novedosa, es a la vez un suceso digno de ser conmemorado y un nuevo comienzo. Cada avance reafirma la posibilidad de que haya ulteriores avances, pero para ello el brillo del éxito no tiene que encandilarnos e inmovilizarnos en una actitud presuntuosa.

Así pues, para terminar, quisiera dejar plantado un letrero indicador que muestre el camino hacia un futuro estudio: el de las fuerzas intrapsíquicas e interpersonales que impiden al individuo sentirse confiadamente vulnerable al servicio de una mentalidad abierta. Si el narcisismo y la curiosidad exploratoria crecen juntos, si el placer que brinda la generación de cosas nuevas supera al orgullo que da el prestigio, más podremos crecer nosotros y nuestra disciplina. Si en nuestra ciencia o en nuestra labor clínica falla ese amor creativo de la curiosidad, estamos ante una señal de que debemos dar un paso atrás y explorar las causas de dicho cambio. Nosotros y nuestra ciencia alcanzaremos nuestra más rica prosperidad cuando la enseñanza recíproca y el aprendizaje recíproco vayan realmente tomados de la mano.

³ Probable juego de palabras. El autor usó únicamente la palabra *congress*, pero ésta tiene el doble significado que aquí hemos explicitado; y el primero de ellos sin duda alude al Congreso donde se leyó este trabajo (IPA, 2009). [N. del T.]

BIBLIOGRAFIA

- BOESKY, D. *Psychoanalytic disagreements in context*. Londres, Jason Aronson, 2008.
- FREUD, S. (1910) Carta a Sándor Ferenczi, 17 de octubre de 1910. En: E. Brabant, E. Falzeder y Giampieri-Deutsch (eds.). *The correspondence of Sigmund Freud and Sándor Ferenczi*, Vol. I, 1909-1014, Cambridge, Belknap Press, p. 227.
- (1914) On the history of the psycho-analytic movement. *S. E.*, XIV, pp. 7-66.
- (1918) The taboo of virginity. (Contributions to the psychology of love. III). *S. E.*, 11, pp. 193-208.
- (1921) Group psychology and the analysis of the ego. *S. E.*, XVIII.
- (1927) The future of an illusion. *S. E.*, XXI.
- (1930) Civilization and its discontents. *S. E.*, XXI.
- GABBARD, G. "Bound in a nutshell": Thoughts on complexity, reductionism, and 'infinite space'. *Int. J. Psychoanal.*, 88, 2007, pp. 559-74.
- JAMES, C. *Cultural amnesia*. Nueva York, W. W. Norton, 2007.
- POLAND, W. *Melting the darkness: The dyad and principles of clinical practice*. Northvale, Jason Aronson, 1996.
- SHEVRIN, H. Debate inédito en Estates General, París, 2000.
- STOPPARD, T. *The Invention of Love*. Nueva York, Grove Press, 1997.
- WHEELIS, A. "The vocational hazards of psycho-analysis". *Int. J. Psychoanal.*, 37, 1956, pp. 171-184.

Warren S. Poland
5225 Connecticut Avenue,
Washington, DC 20015,
USA